



Un proyecto de:



Con el apoyo de:



▪ **Primer Lugar: “UN MEJOR MAÑANA”**

Autora: Paola Cañizalez

En una mañana fría y oscura, gruesas capas de vegetación y la incertidumbre de si podrían encontrar otro claro en la selva como este para poder dormir esa noche, le dieron la bienvenida a Saúl, aquel día de junio, que tal vez era martes o miércoles, porque aunque había aprendido los días de la semana hace poco en la escuela, no lograba recordar si había salido de su casa en Caracas un lunes y tampoco lograba llevar la cuenta completa de los días que llevaban caminando desde que llegaron al Tapón del Darién; ¿Eran 8? ¿Eran 6?, sólo sabía que tenía mucha hambre, y que cada vez que le mencionaba esto a su madre, se le cristalizaban los ojos; estaba triste, pero Saúl no sabía por qué, ¿Habría hecho algo mal? ¿Debía dejar de insistir, aunque le tronara la panza?

Saúl y su mamá habían salido de Venezuela por razones que no entendía muy bien, sabía que a su papá se lo habían llevado unas malas personas y la única forma de que regresara era que su mamá encontrara un trabajo nuevo, por lo que le propuso a Saúl emprender un viaje, prometiendo que al terminar podrían ir a Disney World, a conocer a Mickey Mouse y otros personajes que Saúl sólo había visto en televisión, lo que sonaba bastante emocionante. Esa mañana, sin embargo, algo muy extraño sucedió.

Al levantarse, escuchó una discusión lejana, en la que su mamá conversaba con un par de personas, los “coyotes” que hasta ese momento los habían guiado a cruzar la selva, Saúl no entendía por qué estos señores que daban tanto miedo eran los que su mamá había elegido para que los ayudaran, pero suponía que era uno de esos temas de adultos que los niños simplemente no entienden. De esta conversación pudo rescatar ciertas cosas: su mamá diciendo que ya no tenía más dinero, que su hijo tenía hambre, que les habían prometido que

el camino sería fácil y ya llevaban muchos días sin ver más que árboles. Tatiana estaba enormemente preocupada por el bienestar de su hijo y para este momento, por todo lo que habían pasado, las ronchas en la piel de Saúl y la suya propias, las quemaduras de la piel y el cansancio acumulado, sólo quería que el viaje acabara.

La discusión se tornó un poco más agitada y la reacción de uno de estos hombres, que aparentemente era el líder, fue jalar por el cabello a la mamá de Saúl y llevársela lejos del campamento improvisado. Saúl, al ver esto, se levantó rápidamente y corrió, intentando alcanzar a su mamá, pero fue intervenido por uno de los hombres del grupo, que lo tomó entre sus brazos y le dijo: — hijo, tienes que calmarte o será peor, tu mamá vendrá pronto. Pero, Tatiana no volvió pronto. ¿Qué podía hacer Saúl que era tan pequeño para defender a su mamá? ¿Dónde estaba? ¿Por qué se la llevaron?

Saúl no lo sabía, pero su mami, esa mujer fuerte que conoció, al intentar resistirse al abuso del cual iba a ser parte, recibió un golpe en la cabeza de parte del coyote y quedó tendida en el suelo, se desmayó por un par de horas y al despertarse el resto del grupo ya no estaba, la desesperación por encontrar a Saúl la carcomía, sentía que caminaba en círculos y que todos los árboles eran iguales; al observar su piel, vio moretones, rastros de golpes y rasguños y aunque no recordaba nada con claridad, tenía la sensación de haber llorado y una vaga memoria de haberle pedido al coyote que se detuviera, que ella estaba casada, que no quería, que no podía... el terror en sus ojos parecía no significar nada para esos hombres, que habían demostrado no tener corazón.

¿Realmente valía la pena todo esto por un mejor mañana? ¿Saúl iba a perder a sus dos padres y no podría hacer nada al respecto? En ese punto pensó para sí, que ya ni siquiera quería ver a Mickey Mouse, en lo mucho que quería un abrazo de su mamá y que le contara un cuento para volverse a dormir, despertar entre sus brazos y darse cuenta de que todo había sido un mal sueño...

▪ **Segundo Lugar: “UN HOGAR HECHO DE PIEL Y PELO”**

Autora: Jaidy Gómez

Para mamá y papá:

Durante los primeros meses, anhelé que resultara ser varón tanto como ustedes. Conjuré la idílica imagen de un niño de ojos tiernos como los míos y de sonrisa radiante cual sol de verano. Ansiaba que él sí lograra terminar el colegio y graduarse con honores. Mi delirio se vio interrumpido por múltiples reprimendas: por mi descuido, por no portar la ropa adecuada, por echar la vida que tan delicadamente construyeron por la borda. Aun así, me hicieron prometer que no impidiera este milagro y que no confrontara al padre – ustedes hablarían frente a frente con el susodicho.

Sospeché que ustedes siempre supieron su identidad. Cosí tal secreto bajo mi lengua por semanas, a pesar de que a mi abusada boca calcinó, con la esperanza de que jamás lo invitaran a casa. Pero los ojos no mienten: aunque mi cabeza agaché, mi atención oscilaba sobre su asiento durante cenas familiares y misas domingueras, y a la vez notaba como las miradas de ustedes siguieron el rastro de la mía. Por eso y más me pregunto por qué lo siguieron invitando.

Ojalá sea varón, pensé a los cinco meses, pero presentía desde lo más profundo de mis entrañas que sería niña como yo. Una nena hambrienta que devoraba mis órganos como si se tratase de dulce festín, arrancando los hilos que me solían componer uno por uno en busca de un manjar. Tal vez me comía porque me amaba. O probablemente, mientras me reposaron por meses sobre mi cama, mi cuerpo se tornó casa embrujada y su única habitante rasgaría cada puerta y ventana hasta salir. En seis meses, mis paredes se pintaron con su inminente presencia mientras dormitaba en la cruz de mi ser, para entonces despertar y nuevamente consumir mi cocina. Cada dentellada en mi vientre me llevó a fantasear su

muerte, fuera accidente o a propósito, y no por odio, sino por el mismo sentimiento que lleva al más cruel cazador a terminar con la miseria de un animal malherido. Pausé tal utopía al recordar cuanto me consolaron con que Dios me recompensaría por entregar esta bendición al mundo. Me preguntaba si repetirían aquel dicho en caso de que mi nena naciera portando una bebé más pequeña por dentro. Le advertirían sobre niñas corruptas que cometieron el peor acto al masacrar la vida que acogen y que Dios las castigó al distorsionar sus cuerpos en algo abominable. Nunca me respondieron por qué mi milagro me tornó deforme desde el principio, ni cómo enjuagar las huellas del padre fuera de mi piel. Mientras tanto, mi nena exploró cada rincón de su hogar hasta todo el espacio ocupar.

Siete meses bastaron para finalmente disrumpir su banquete y demoler mis puertas. Nunca supe cómo expresarles mis pensamientos sin recibir regaño, hasta que empecé a practicar sobre papel en los próximos años. Mi suceso es mera moraleja para mis primitas, ahora adultas, de no portar nada provocador, aun sea uniforme escolar, ni de incitar a demás hombres, aun sean familia. Ya no es asunto mío. Tras tal parto, finalmente reposo.

Siempre suya,

Su única hija.

P.D. Les escribo desde el cielo. Eso creo. No sabría decir con certeza desde que mi bebé llegó conmigo.

▪ **Tercer Lugar: “TECHO DE ESTRELLAS”**

Autora: Luhelys Villamil

Nerea vive en un cerro, un cerro alto, que cada día crece más y más. El cerro tiene un nombre gracioso que casi nunca logra recordar, pero que comienza con la misma letra que comienza la palabra Papá, de letras solo sabe eso y la LA LE LI LO LU, porque solo fue a la escuela un año y nada más. Nerea ama el cerro, el cerro tiene montañas que se mueven, que crecen y se desvanecen, montañas que a veces, sobre todo en verano, arden con llamaradas rojas. Pero lo mejor de las montañas es que siempre tienen algo interesante, algo bueno que encontrar, a veces es comida (aunque debe admitir, no siempre las montañas ofrecen buenas comidas) y a veces es ropa, rota y sucia, pero ropa que ella ama estrenar. Para Nerea, lo mejor que pueden ofrecer las montañas son las muñecas, a veces vienen sin cabeza, en otras ocasiones las muñecas están sucias, pero nada que un buen baño no pueda arreglar. Así pasa Nerea los días en su cerro, explorando las montañas, teniendo cuidado con lo que toca y buscando tesoros sin parar. Por las noches se acuesta bajo su carpa y se arropa con sábanas encontradas en la montaña, mira a través del hueco de su carpa y sonrío animada, porque hay un techo de estrellas sobre ella.

Un día llenan personas extrañas, remueven las montañas, como si estuvieran buscando algo, Nerea no sabe el qué, pero se acerca a saludar y a ofrecer su ayuda, ella encuentra de todo en las montañas y seguramente podrá encontrar lo que sea que estén buscando aquellos desconocidos. Antes de que pueda entender lo que sucede Nerea se encuentra un automóvil, al lado de su madre quien tiene lágrimas en los ojos. Nerea la abraza y dice: —Creo que están buscando algo, pero no sé qué es mamá. ¿Crees que lo encuentren? Su madre solo menea la cabeza: un no silencioso. De pronto el automóvil ronronea y Nerea

comienza a notar como sus montañas se hacen más y más pequeñas hasta que ya no puede verlas más.

Ha pasado algún tiempo, Nerea ya no vive en un cerro y ha visto edificios más altos que sus montañas. Nerea va a la escuela por la mañana y aprendió el PA PE PI PO PU, MA ME MI MO MU, SA SE SI SO SU. Ahora si recuerda el nombre del cerro dónde vivía: Cerro Patacón.

Ya no tiene que buscar comida ni juguetes en ninguna montaña, ya no se preocupa cuando viene el verano con sus llamaradas naranjas, ni el invierno con la lluvia fría.

Nerea duerme en una cama suave, con un techo oscuro en donde no hay estrellas, a veces se pone triste porque extraña el titilar de los astros sobre su frente, pero cuando eso pasa se asoma a la ventana, suspira y recuerda que no importa si es una carpa o una casa, ella siempre tendrá un techo de estrellas sobre su cabeza.